

La Caricatura

AÑO

MADRID 19 DE NOVIEMBRE DE 1892.

NÚM. 13.



LOS TEATROS POR HORAS

—Díganme, y ustedes perdonen: ¿ustedes son de esas jóvenes que se contentan con una cenita de cuatro pesetas?



La semana

YA no hay fe-
ni entusias-
mo ni afición si-
quiera á nues-
tra fiesta tradi-
cional.

Suspender una
corrida de toros
en dos tomos, ó
el primero de los dos tomos, por causa de
la cabalgata del comercio, la industria y
la banca, es humillación para los verda-
deros aficionados.

Dos corridas de toros que forman la his-
toria del toreo con fotograbados naturales
y monos de diversas épocas.

Corridas organizadas por el Dispensario
de Alfonso XIII en beneficio propio.

Esto es: en beneficio del nombrado ins-
tituto.

Toda la historia del toreo en dos re-
partos.

Empieza la fiesta por la lidia de nues-
tros primeros toros por nuestros ó por
«sus» primeros padres, en los tiempos pre-
históricos.

Cuando era pollo *Asmodeo*.

Saldrán los toros y los lidiadores en
trajes de la época.

Es decir: el pelo natural.

Después vendrá la lucha de los moros y
de los serenos con los toros; puesto que se
anuncia que enchuzarán á los animales.

Después, el valeroso caballero, buen ji-
nete y mi amigo, D. José Rodríguez,
alanceará toros de la Edad Media, autén-
ticos y conservados en lata.

* *

Otra lata:

Digo, otra parte del programa.

Lidia de toros á usanza de los diestros
del principio de este siglo.

Vamos, con redecilla y sombrero de me-
dio queso.

Gavira toreará, disfrazado de Joseph
Delgado (*Hillo*), para que le vean los ex-
tranjeros y le conozcan, en clase de dies-
tro «principio de siglo».

Después lidiarán toros de nuestros días,
Cara, Luis y el *Tortero*, en variedad de
metros.

¡Un programa que es un «Manual del
toreo», desde su origen, hasta los últimos
conservadores, en suspenso por una cabal-
gata!

* *

¡Y qué cabalgata!

Como las organizan en La Granja en
temporada de verano: una gira con *Blases*
(Léase «pollinos»)

Primero: Sinfonía.

Segundo: Representación del gremio de
guardias civiles.

Tercero: Gremio de vinícolas, con estan-
darte premiado en concurso; carroza con
muchachas, etc.

Cuarto: Gremio de...

Quinto: Gremio de...

» Gremio de caballos usados, pro-
cedentes de circos taurinos y zurcidos sin
conocerse (ellos mismos).

Apreturas, aunque pacíficas, mercanti-
les; animación, día hermoso, todo contri-
buía al esplendor de la fiesta.

Hubo algunas manifestaciones hostiles
pero insignificantes.

Emulaciones de clase.

Unos espectadores, vitrícolas ó alcohó-
licos, silbaron al pasar el estandarte pre-
miado de los vinateros.

Otros ciudadanos, ennegrecidos en el
arte, silbaron el paso de los carboneros.

Emulaciones dentro de la facultad.

Pero al que haya servido en la cabalga-
ta de porta-estandarte ó porta-guion, que
le quiten esa honra.

Algunos llevaban la cabeza de Colón en
la punta de un palo.

¡Qué simbolismo tan indiano!

Músicas hubo pocas.

Oradores, uno: el «del palo», como me
dijo un amigo del comercio: esto es, un mi
amigo comerciante.

Habló D. Sabas, poco; pero *ad hoc* á
Colón y los gremios.

No se borrará de la memoria de este ve-
cindario el nombre de Colón y compañía.

Compañía, porque al recordar las gene-
raciones, y aun más las eucarachas de bi-



bibliotecas y archivos, el nombre del ilustre
navegante, no podrán por menos de aso-
ciarle los nombres de Cánovas, Vidart y
el café de Colón.

* *

Tampoco se olvidará fácilmente la ex-
posición de Bellas Artes de 1892.

¡Buenos lienzos hay!

Pero nada que asombre.

Y al lado de los lienzos buenos, también
hay buenos lienzos.

«Para toallas y manteles», como pre-
gona el lienzo un vendedor ambulante en
las calles de Madrid.

¡Qué marinas y qué mariscas!

¡Qué tonterías en la composición y com-
binación de flores, y en la de fruta!

¡Qué cuadros de historia!

Cada uno tiene un título particular.

Y su número, por supuesto.

No se sabe, en algunos sitios de la ex-
posición, si se halla uno delante del esca-
parate de una taberna, por los colores de
los pimientos morrones, el bacalao con to-
mate, las judías *náufragas* y las torrijas.

O por el dibujo.

Encontrará el lector á cada paso un pá-
jaro frito que hace de persona.

Es una exposición dificultosa.

En costumbres también encuentra el
curioso observador modelos muy dignos
de pena.

Aún no he podido saber qué país es
aquél donde las cabras son más altas que
los hombres, y los ríos parecen tirantes
bordados.

* *

En retratos hallarán ustedes una ri-
queza.

Falta el del perro *Paco*, retrato de ultra-
tumba, que está terminando un conocido y
acreditado repentista fúnebre.

Una cabeza de estudio, despeinada y co-
china, según costumbre; porque sabido es
que no se puede estudiar en cabeza limpia
de habitantes.

Y en esta exposición no he visto aque-
llo de:

«*Moltke*, precioso gato de familia de...»

«*Otello*, faldero de nacimiento, dedicado
á la señorita...»

«*Rubini*, colibrí de la señora D. de...
N...»

«*Byron*, caballo padre del señor conde
de...»

Es ya el último rebajamiento del arte.

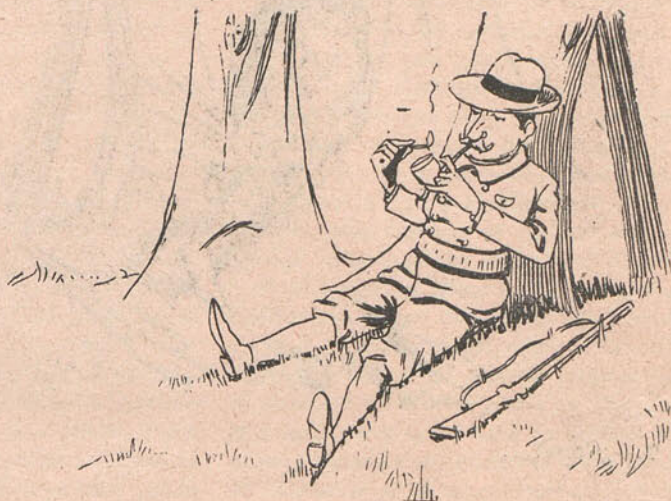
Eduardo de Palacio.

CAZARÁS CON PERRO

(Evangelio de San Lucas.—Cap. XXVI, ver. IV.)



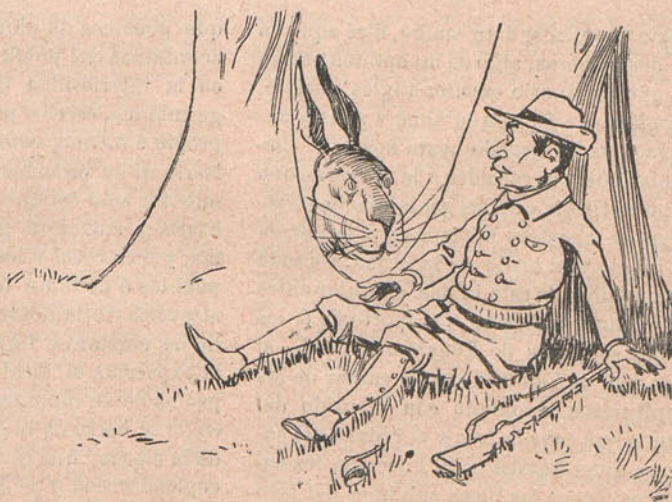
1.—Buen día de caza, bueno. ¡Lástima que se me haya olvidado el perro!



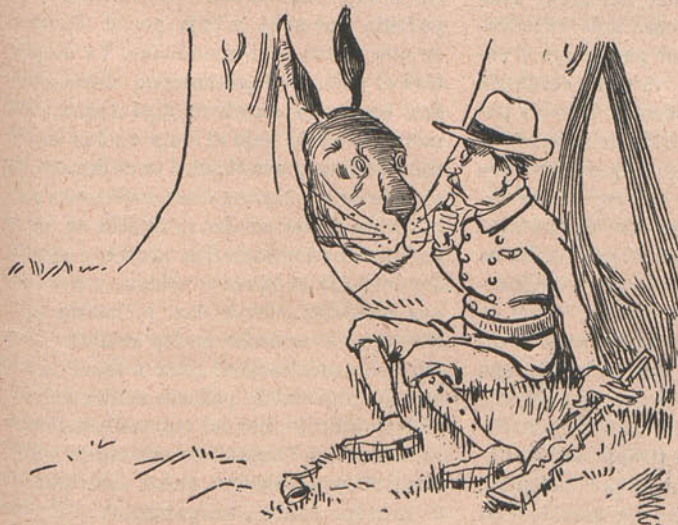
2.—¡Bah! Después de todo, para matar unos cuantos conejos no es muy necesario.



3.—Conque te has venido sin perro, ¿eh?



4.—Pero, hombre, ¿á quién se le ocurre venir sin perro?

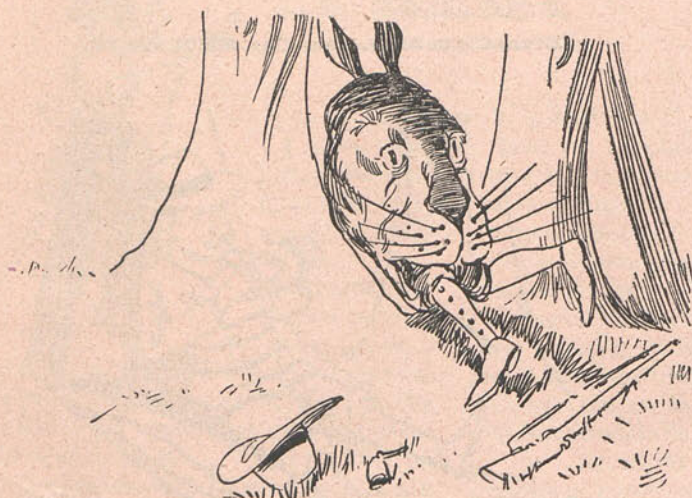


5.—¿Crees que nosotros tememos á los cazadores?

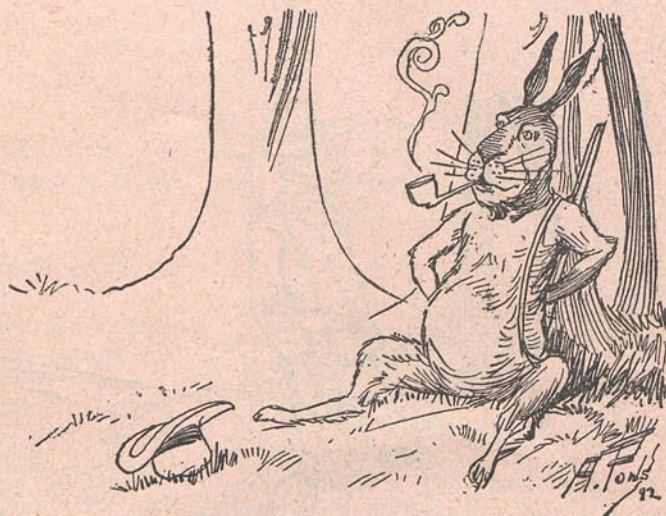


6.—¿Crees, desgraciado, que un hombre sin perro significa algo para nosotros?

CAZARÁS CON PERRO



7.—¿Crees?...



8.—¡Mire usted que venir á cazar conejos sin perro!

CARLYLE (1)

Por complacer á un amigo, diré aquí, en dos palabras, algo de mi opinión acerca del extraordinario escritor inglés Carlyle, cuya fama de filósofo sublime y artista extravagante ha llegado hasta nosotros, helenolatinos, tan rebeldes á la comprensión de las antítesis y de las genialidades británicas en nuestras aficiones por la pureza del dibujo y el brillo de la forma. Cuando abro un libro de este inglés, singular entre los mismos ingleses, transpórtome á los celajes sombríos de Dinamarca desde el cielo azul de España; oigo el cantar de los sepultureros, mezclado con el ruido del azadón que cava la fosa y el rodar de la calavera que retumba en el hueco de los sepulcros; evoco las ideas sublimes del loco Hamlet sobre el movimiento de los átomos desprendidos de los cadáveres y sobre las muecas é irrisiones de la muerte, como una estatua yacente sobre el universo tendida; me paseo allá, en aquel cementerio, donde corren juntas las más ridículas bufonadas con las más sublimes oraciones, mientras se acerca el entierro de Ofelia, caída desde el fúnebre sauce al sereno lago, y muerta, con su corona de flores en las sienes y su sonata de amor en los labios, entre las espadañas y las ondas, despertando la solemne tristeza de la luna llena al borrarse en el claror anacarado de una esplendorosa mañana. Nosotros, en la exterioridad de nuestra vida plástica, siempre

que ponemos la pluma en el papel, nos acordamos del público; mientras Carlyle, en la interioridad de su individualismo germánico, escribe para dilatar su espíritu propio é íntimo, como si nadie hubiera de leerlo ni de escucharlo. Así, tiene atrevimientos sólo comprensibles en la idea solitaria y entregada por completo á sí misma; y dice cosas á los lectores de todos los pueblos ó de todos los tiempos que no se atrevería ciertamente á decir en una tertulia de confianza. Impaciente de vaciar en la expresión el ideal que vaga por los espacios de su inteligencia, lo mismo le da cojer el barro de la calle y el excremento de la cloaca, que el arrebol de los ocasos esplendorosos y el éter de los cielos infinitos, como en esos ensueños de una mala digestión ó de una buena jaqueca, cuyos delirios confunden las ideas más contradictorias y las cosas más extravagantes y dispares. Así me parece, ya el sacerdote que levanta la víctima coronada de flores en el ara de mármol, bajo las bóvedas del templo henchido de incienso y de música; ó ya el arlequín que suena sus cascabeles y representa sus payasadas entre las risas epilépticas de un público ebrio; ya el fatalista que admite la fuerza del destino, bajo cuya inmensa pesadumbre cae aplastado el individuo, como la hormiga bajo la suela de nuestras botas; ó ya el puritano austero que ha bebido sus ideas en las iglesias de Escocia y aplicado el Evangelio como código político á los pueblos, y opuesto á la tiranía de los Estados la inviolabilidad de la conciencia, y para salvar su derecho ha corrido á la América de la libertad, elevando su conciencia inmaculada sobre el altar de la Na-

turalidad virgen: que en sus obras se mezclan las ideas religiosas con las bufonadas extravagantes, los dicharachos soeces con el incienso místico, los gritos del burdel con los ecos del órgano, el bramido de las revoluciones populares con el acento de la autoridad absoluta, las frases aristofanesacas de una demagogia desencadenada con el diálogo platónico de una filosofía sublime como en la escena del mundo y en los contrastes del Universo.

¡Cuán bien describe una tarde fúnebre de los mares del Norte, cuando las montañas negruzcas aparecen cual inmensos catafalcos y los resplandores del sol poniente cual funerarias antorchas! Después de esto, que tiene la grandeza de un cuadro de Miguel Angel ó de una sinfonía de Beethoven, os comparará cualquiera de sus malquerencias con el perro ahogado y podrido que sube y baja por el Támesis en una marea de inmundicias. Ya os pintará el genio de Inglaterra en ciertas edades como un avestruz gigantesco, que mete su cabeza bajo el ala y vuelve su extremidad contraria al sol, ó ya os llevará, en alas de su prodigiosa elocuencia, cerca de la colina donde se alza la iglesia en cuyo pavimento duermen los muertos aguardando el día de la resurrección, y por cuyas cúspides corren las plegarias que abren agujeros de luz en las sombras eternas, para mostrarnos, como á través de la reja de una cárcel, pedazos azules del cielo de lo infinito. Por tal maravillosa manera, todas las formas se entrelazan, todas las ideas se atropellan, todos los rumores se exhalan, todos los organismos se levantan como en uno de esos gigantescos bosques tropicales, donde, al lado de las flores

(1) LA CARICATURA es un periódico humorístico y considera oportuno insertar la opinión que acerca del gran humorista inglés Carlyle tiene el genial escritor don Emilio Castelar, con la firma del cual se honran hoy las columnas de nuestro semanario

hermosas y aromáticas, junto á los frutos henchidos de miel, entre las aves del paraíso semejantes á ramilletes con alas, extendiendo su ramaje de muerte el manzanillo, cuya sombra envenena, y pululan los más sucios y más horribles insectos.

La estética moderna ya lo llama, en su lenguaje particular, á tal arte humor genial, y á tales artistas escritores humorísticos. Sólo un pueblo donde la personalidad se extiende en todas direcciones libremente para reconcentrarse luego en sí misma, produce ingenios de este orden, tan faltos de medida, tan rebeldes á las reglas, tan fuera de lo convencional, tan desdénosos del público y ensimismados en su egoísmo, hasta burlarse de toda tradición, y llegar, por mezcla de sublimidades y de extravagancias infinitas, á la más alta y más especial originalidad. No busquéis, pues, en Carlyle compás clásico, proporciones artísticas, la simetría del ingenio francés, la sujeción á las reglas y las conveniencias de quien piensa más con el criterio de su público que con el propio criterio, la corrección, la claridad y la pureza de los escritores latinos en general, y especialmente de los escritores franceses; pero buscad y encontraréis las algas y el cieno que arrojan á la orilla las tempestades de su alma y los hervores de su pensamiento, los gérmenes de muchas ideas tan bellas como perlas, y la gelatina de mucha vida, en la cual se encierran gérmenes, y gérmenes innumerables, de múltiples sistemas. Así es que la juventud debe admirarlo, sí, pero no seguirlo; debe leerlo, sí, pero no imitarlo. Duerma en paz el monstruoso cíclope, á veces feo como un vestigio en su caverna, y á veces hermoso como un ángel en su empíreo. Entre los ingenios del siglo, quizás ninguno más misterioso ni más propio para remover con el soplo de sus ideas los sentimientos del corazón, y llenar con sus creaciones, á veces muy estrafalarias, y hermosísimas á veces, el alma de este tiempo.

Nuestro primer ingenio, Cervantes, muestra en la copia de sus increíbles aptitudes una ironía, la cual, si no fuera tan genuinamente castellana, parecería sajona. El sentido común suyo, el conocimiento de la realidad y de la vida, los contrapuestos caracteres de lo idealizado y de lo práctico, aquella filosofía de observación y experiencia, encajan de tal manera en el gusto inglés, que no alcanza en parte ninguna la obra magistral del espíritu español un número de admiradores y una constante asidua lectura comparables á los que alcanza en Inglaterra. El humor, concepto de difícil explicación en castellano, por referirse, de un lado, al carácter

moral, y de otro lado, al carácter fisiológico; el humor, la ironía y la gracia tristes, acerbos, elegíacos, tal como Juan Pablo Richter lo explica, parece una característica del genio británico, reunida con las múltiples cualidades creadoras de aquel extraordinario escritor, en quien se reúnen á las sugestiones de una inspiración y de una idealidad inagotables, el sentido de lo real y de lo verdadero, como no se han reunido en mortal ninguno hasta hoy. Comparad cualquiera de los satíricos extranjeros que brillaron en la época del Renacimiento; aquel Rabelais, apayasado frecuentemente; Pulci, tan enemigo de todo noble afecto; el genial, pero desordenadísimo Ariosto, con Cervantes, y veréis cómo ninguno tiene, ninguno entre todos ellos, sumado con el sentido vulgar, puesto en Sancho Panza de relieve, un reconcentrado genio psicológico é idealista como el que personifica don Quijote, y que brota con fértil espontaneidad doquier el sentimiento de la individualidad puede abrirse y espaciarse á su antojo. Y como estas individualidades aisladas, diversas, concretas, quizás originales hasta la extravagancia, en parte ninguna se encuentran como en España é Inglaterra, precisa imputar y atribuir su florecimiento á una grande analogía de genio entre las dos almas de ambos esclarecidos pueblos.

Carlyle no se parece á ninguno de nosotros. No tienen los escritores nuestros, aun los más clásicos, el clasicismo de antigua cepa que los italianos y tampoco tienen la proporción y la disciplina francesa; pero, en cambio, tienen una claridad sin igual. Fuera de algunas intrincadas obras gongorinas, la más esplendente luz penetra en todos los libros españoles y les da una etérea transparencia. Pero Carlyle de suyo es obscurísimo. Algunos de sus párrafos resultarían más claros, de haberse trazado, por cualquier evento, en jeroglíficos orientales. Así, no tienen ni parecido en la literatura nuestra; y no teniéndolo, merece muy singular atención su obra individual por originalísima. Sólo encuentro un escritor que pueda comparársele, por incomparable de suyo, sólo encuentro á Gracian, el alabado por Schopenhauer. También Gracian piensa profundamente; brilla por los contrastes bruscos; pasa de la elevación á la desvergüenza; rueda desde alturas vertiginosas á derrumbarse en abismos insondables; aunque jamás llega, ni á los atrevimientos del filósofo inglés, ni á la suma del teólogo con el bufón. Así pocos recreos superiores al producido por sus párrafos intrincados que concluyen dándonos mareos parecidos á los causados por aquellos caprichos de Goya, en que dentro de indecisa niebla flotan y vagan los cirios de una procesión junto á las contorsiones de un titiritero. Yo confieso mi pecado: sin creerlo

nunca ejemplar literario propio para ser imitado, lo creo propio para ser leído, y, sobre todo, para ser admirado. En la infinidad del espíritu caben todos los genios, como en la infinidad del espacio caben todos los soles.

Indudablemente las ideas del escritor insignie provienen del panteísmo alemán, que trasciende por todos sus escritos en las relaciones, apuntadas á cada paso entre las más dispares ideas y las cosas más apartadas y los conceptos más incongruentes, por ser todo panteísmo una grande aplicación de las identidades que hallara el genio sintético de un hombre tan grande como Espinoza entre la extensión y el pensamiento. Pero una filosofía tan sistematizada, tan evolutiva, tan puesta en serie gradual y lógica, como la filosofía hegeliana, se quiebra en cien fragmentos al penetrar en la inteligencia de Carlyle, que unas veces la formula en himnos de amor y entusiasmo, mientras otras veces en salidas de pie de banco. Pero con esto y con todo se recogen á granel en sus libros los pensamientos profundos, escondidos como las perlas entre las rocas, y difíciles de pescar si no se arroja uno á nado en mar infinito é insondable de grandes confusiones. Mas yo creo uno de los libros más prácticos de Carlyle, sin duda, este libro de *Los Héroes*.

Otros dos tiene verdaderamente shakperianos, su *Cronwell* y su *Historia de la Revolución Francesa*. El primero, *Cronwell*, me parece un libro incomprensible casi, por su carácter inglés, para los no ingleses; mientras el segundo asunto, la *Revolución*, me parece que, por su asunto francés, después de francés, latino, después de latino, universal, no ha sido alcanzado por un saujón como Carlyle. Sólo en Alemania Fichte, Goethe, Bethoven mismo, comprendieron la verdadera y sublime revolución francesa; en Inglaterra nadie la comprendió, y el odio de Pitt á los ideales y á los hombres revolucionarios, parece sobre todos cernirse, hasta sobre unos escritores tan geniales y tan independientes como nuestro autor. El libro de *Los Héroes* tengolo por el menos inglés y más humano entre todos sus libros. Leyéndolo, se observa cómo intenta levantar la personalidad y la figura de aquellos hombres extraordinarios que tienen la llama de lo ideal en su frente, y al vapor de las ideas marchan hacia el bien de toda la Humanidad.

Por muchas contradicciones que tenga, por muchas extravagancias que ostente, por muchas obscuridades que á lo mejor caigan sobre sus páginas, imposible desconocer la copia de sus ideas encerradas todas en un estilo que revela de suyo al gran pensador y al eximio artista. No sería un genio, como lo es el gran escritor, si no hubiera en él grandes misterios.

Emilio Castelar.



ESPECTÁCULOS

— Estoy indecisa; preferiría que pasáramos la noche en el Real... ó en el Español... ó quizás mejor en la Zarzuela...; aunque no, mejor será en el Real; sí, decididamente, en el Real...

— ¿En qué quedamos? ¿En el real .. ó en los ocho cuartos y medio?

Cuentos franceses.

UN AMO DE SU CASA

DUPONT, que es el hombre más bueno del mundo, se afana por repetir (cuando no le oye su mujer): «¡Soy el amo en mi casa, y allí nadie contraría mi voluntad!» «Tengo carácter; todos me respetan; mi esposa obedece sumisa; cumple dócilmente las órdenes que doy; y cuanto mando lo ejecuta sin replicar.»

Yo desconfiaba de que fuese verdad lo dicho por mi amigo, como desconfío y desconfiaré siempre de aquellos que alardean á voz en grito de ser muy enérgicos, de matar á todo viviente que se atreva á moverse sin su permiso, ó de conseguir las mujeres á docenas; pues luego resulta que los primeros son débiles de carácter; los segundos reciben con extremada humildad los bofetones de cualquier desdichado que se amosca, y los últimos logran á lo sumo las caricias de alguna mugrienta fregatriz, ó quizás de algún vejestorio.

No me equivoqué: el pobre Dupont se

convertía en mansísimo cordero ante una mirada de su esposa; tratábala con mayor respeto que un soldado á un general, y la tenía más miedo que un niño al *Coco*.

Se le pudiera dispensar á mi amigo conducta tan pusilánime, si acabadito de obedecerle á su costilla, no aprovechase la ausencia de ésta para vanagloriarse de continuo, exclamando: «¡Soy el amo en mi casa, y allí nadie contraría mi voluntad!»

Cierta vez mandaron á Dupont papeleta convidándole á la boda de un amigo; pero la invitación no alcanzaba á su esposa, la cual dijo seca y rotundamente:

— ¡No irás á la boda!

— ¡Sí, querida mía! —le contestó. — Te suplico que me permitas ir; se trata de un compañero de la infancia á quien no veo hace muchos años; ignora que me he casado, no te conoce, y por esa razón no te convida.

Dupont me obligó á que fuese en busca suya creyendo que de esta manera habría su esposa de concederle la gracia apeteci-

da. Cuando llegué á su casa á la hora convenida, y Dupont estaba con bata y zapatillas.

— Cémo —le dije: — ¿aún no te has vestido? Son las seis, ya termina la ceremonia en la iglesia, y apenas queda tiempo de presentarnos en la fonda antes de empezar el banquete. Ó vienes enseguida ó me voy solo.

— Aguarda —respondió— fingiendo que registraba por todos los rincones. No encuentro la llave del armario ropero; hasta que vuelva mi mujer no puedo ni mudarme de camisa... mi mujer tardará poco..

— Bueno —añadí— pues yo me marchó. Ya aparecerás por la fonda —y abandoné al pobrecillo que, con bata y zapatillas, estuvo esperando á su mujer hasta las doce de la noche.

En otra ocasión se enamoró mi amigo de una casita de campo y deseaba comprarla. Me llevó á que la viese, y, efectivamente, era muy linda. Hice muchos elogios de ella, y le pregunté:

—¿La conoce tu esposa?

—No, pero como si la conociera. Le agradecerá por ser de mi gusto... y aun cuando opusiera algún reparo á la compra, *soy el amo en mi casa*.

Y el bueno de Dupont examinaba la finca entusiasmado, diciendo...—Derribaré esto... construiré lo otro... ¡oh! será un paraíso.

Me reía de tantos proyectos, y Dupont se empeñó en que al día siguiente comiera y

en su casa y hablase de las excelencias de la finca para que su mujer entrara en ganas de adquirirla, añadiendo:

—No te hago esta recomendación porque la juzgue indispensable, es mero capricho; quiero que mi mujer se crea iniciadora de la compra y aparentar entonces que la complazco.

La señora adivinaba los más recónditos pensamientos de su esposo. Halló sin duda que éste se excedía convidándome á

comer sin habérselo consultado, y dispuso tenerlo á raya para evitar nuevas libertades. Con efecto; al día siguiente, recibí una carta escrita por ella, diciéndome:

—No podemos gozar de su presencia en nuestra mesa, porque la cocinera ha enfermado.

Dupont no compró la casita, ni habla nunca de tal asunto, pero siempre repite: «Soy el amo en mi casa, y allí nadie contraría mi voluntad.»

CH. P. DE KOCK.

Los hombres del día.

ANDRÉS MELLADO

HACE ya bastantes años: los mismos que separan la República del 73 del actual período de la Regencia.

Era en aquella época en que se ensayaban en la práctica las teorías de Pi y las poéticas predicaciones de Castelar, que habían arrebatado á toda una generación nueva; la Virgen democracia se consideraba aún como símbolo santo, con culto y sacerdocio, y la España republicana recogía las últimas consecuencias del triunfo de Alcolea conseguido por soldados que pelearon bajo la bandera, doblemente gloriosa, de las victorias históricas y los derechos individuales.

D. Amadeo había abdicado la corona cediéndola á sus sienes á costa de una catástrofe nacional, y la República gobernaba al país.

Los republicanos españoles celebraban un día un banquete en honor del propagandista inglés Mr. Branlau.

La casualidad reunió los asientos de dos de los comensales. Era el uno un hombre alto, de rostro expresivo, bigote rubio, ojos azules, frente despejada y correcto porte: era el otro un joven de larga y rizada melena, pálido y enfermizo el color, bozo apenas marcado, delgadísimo de cuerpo, y con cierto *dandynismo* en toda su persona.

Los dos comensales habían entablado conversación, sin conocerse. Hablaban... fácil es suponerlo; la política lo absorbía todo; aún no habían caído bajo el peso del ridículo los entusiasmos patrióticos y las vehemencias juveniles y el gozo del combate librado, y la victoria conseguida subía desde el corazón á los labios, como suben á la superficie las burbujas doradas del champaña.

De pronto se impuso silencio.

Los brindis comenzaban en un verdadero desbordamiento de oratoria progresista.

—¡Brindo, señores—exclamó un orador—por el más incansable de los republicanos, por el gobernador de Madrid, don Nicolás Estebanez!

El hombre del bigote rubio y los ojos azules sonrió inclinando modestamente la cabeza.

Su compañero de mesa le miró con asombro, y preguntó:

—Pero cómo, ¿Usted es...?

—Ya lo oye usted—Nicolás Estebanez.

—¿Usted Estebanez? ¿Usted el revolucionario feroz? ¿el hombre de Despenaperros? ¿el coco del Directorio?

—Yo mismo; sí, señor.

—Pero, ¿y las barbas? ¿y la mirada furibunda? ¿y el aspecto terrible?

Riéndose alegremente Estebanez contestó:

—Sea usted testigo de que no hay nada de eso. Soy un poeta, un soñador, un entusiasta, á quien la República se le ha subido á la cabeza. Ya ve usted qué distinto.

Efectivamente; la fantasía popular había creado un Nicolás Estebanez puramente imaginario. El célebre republicano, el autor de aquel famoso cartel que decía: «*El Gobernador no tiene destinos, ni dinero, ni paciencia, ni nada*; el ciudadano íntegro que pudo un día soñar con la dictadura, que llenó con su nombre el período más crítico de nuestras luchas, y que pasó por el ministerio de la Guerra con las tres estrellas de capitán en la bocamanga de su uniforme, era más que nada un soñador, un poeta de la política...

Los brindis continuaban.

Un comensal aludió al Director de *La Igualdad*, el periódico más intransigente y batallador de la época.

El joven casi imberbe se levantó á dar las gracias.

Aún no había concluido, cuando Estebanez le preguntaba con asombro:

—Pero ¿usted es Mellado? ¿Usted el autor de esos artículos vigorosos, entusiastas... ¿Usted el mantenedor de tanta y tanta polémica en la prensa? ¿Usted...?

—Sí, señor; yo mismo.

—¿De modo que usted tampoco tiene barbas? ¿Ni mirada furibunda y terrible? ¿Ni siquiera es usted viejo?

—Le diré á usted, creo que no: tengo 23 años. Ambos celebraron el mutuo error soltando la carcajada.

Tampoco era inverosímil la equivocación del Gobernador de Madrid. Aquel

muchacho enfermizo, enjuto de larga y rizada melena, tenía ya un nombre. El escritor castizo, el periodista, el político, comenzaba entonces su vida pública. La irresistible corriente de opinión que implantaba en España la democracia, le había sorprendido muy joven en las aulas de la Universidad de Madrid de donde salió con el título de director de *La Igualdad*. Poco después, la República triunfaba. Todos los compañeros de Mellado alcanzaron actas y destinos; sólo él siguió siendo... periodista.

Se necesitaron muchos años para que, cuando sus títulos eran ya muchos y sus merecimientos grandes, aceptase el cargo popular, por excelencia, el que más cuadraba á sus convicciones democráticas: el de Alcalde de Madrid.

Esto fué ayer. Después volvió á la prensa, y en ella sigue. Pero no parece sino que estoy contando algo nuevo. Y es que la carrera de Mellado, con ser tan honrosa, puede condensarse en estas breves frases: «Que es y será, antes que nada, periodista.»

* *

Los años han pasado; es natural; tampoco esto es nuevo. Su larga y rizada melena no existe, el *dandynismo* ha sido reemplazado por una burguesa corrección en el vestir, sólo, á través del tiempo transcurrido subsiste la inteligencia clara, el corazón abierto á todas las ideas nobles y generosas, y cierta indolencia bohemía, reflejo melancólico de los azarosos tiempos de la lucha...

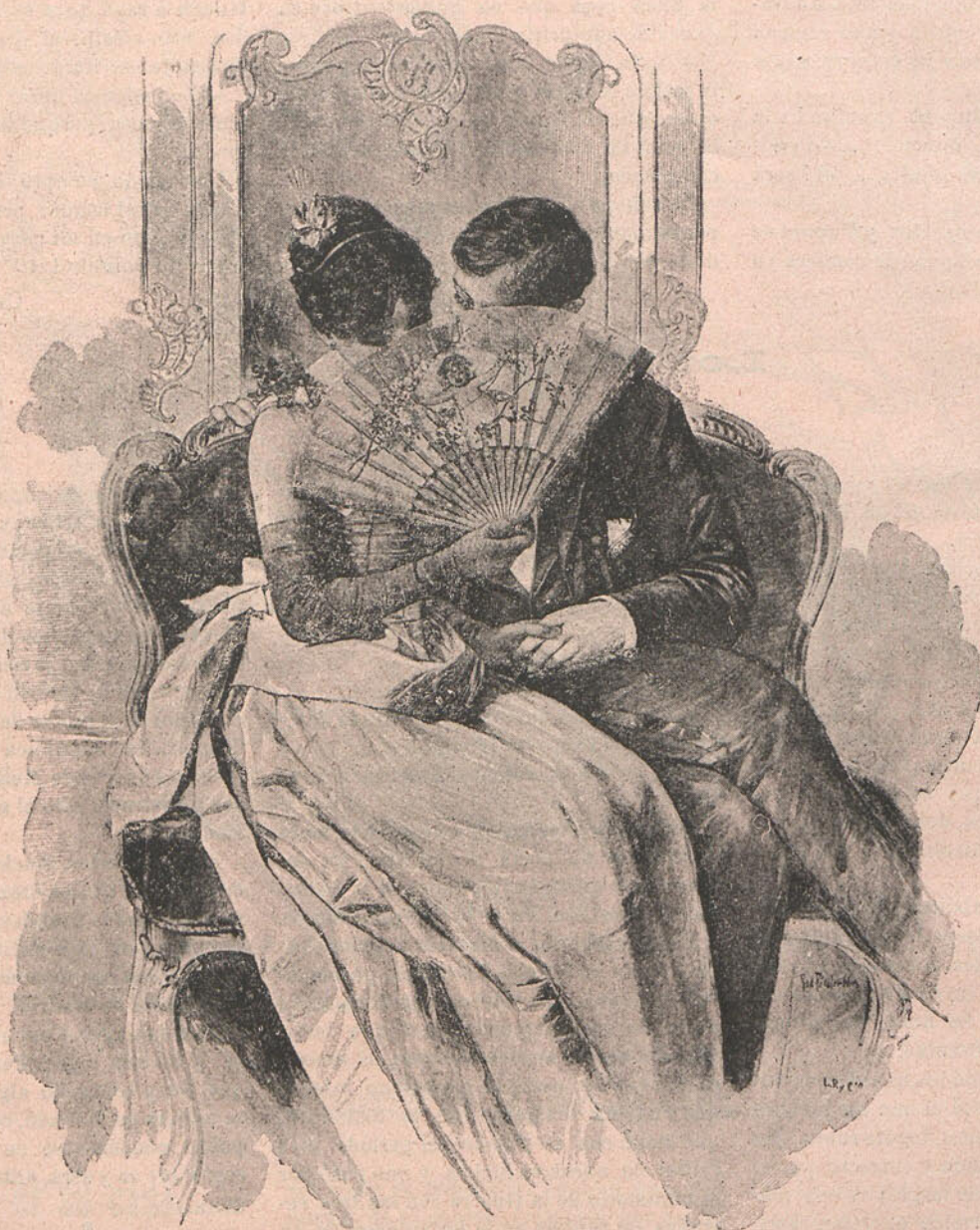
Mellado es hoy director de *La Correspondencia de España*, diputado á Cortes, escritor admirado por un atildamiento clásico...

—¡Pero hombre, qué nos cuenta usted!... —Interrumpirán los lectores.

Pues voy á decir algo original y nuevo. El Excmo. Sr. D. Andrés Mellado, ex-alcalde de Madrid, no tiene ni una sola banda.

Ni siquiera una cruz sencilla.
¿De qué español podrá decirse otro tanto?

X



AL OÍDO

—Antes quiero exigirte una prueba, una nada más: ¿me juras que nunca te han gustado los tenientes, sobre todo, los tenientes de caballería?

50 PESETAS

de regalo en todos los números al lector de LA CARICATURA que primero envíe la solución exacta del entretenimiento que se señala.

Un año de suscripción

á cinco lectores que, por riguroso turno, envíen la solución exacta después del primero.

«O sea, manera breve y sencilla de ganar un bonito sueldo ó tener un periódico gratis á cambio de entretenerse unos minutos agradablemente.

Véase cómo:

Al lector de LA CARICATURA que primero envíe la solución se le regala un

Premio de 25, 50, 75 ó 100 pesetas en metálico, nada de regalitos.

A los otros cinco lectores que la envíen después se les da, como consolación,

Un año de suscripción

gratuita á LA CARICATURA.

Tenemos en cartera una serie de charadas, jeroglíficos, rompecabezas y laberintos, muy amenos y muy sencillos. Todos se publicarán con premio. El jeroglífico de hoy va premiado con

50 PESETAS



A CUATRO BAJO CERO

- Chica, como en el Norte; y por si algo faltaba, mira un ruso viejo!
 —No, no es ruso ni viejo. Es un pobre poeta.
 —Hablabas del gabán, no del individuo.

La enhorabuena.

TENÍA D. Gaspar fama de hombre so-
plado y orgulloso. Sus amigos, mejor
dicho, sus conocidos, le llamaban á sus
espaldas D. Rodrigo en la horca, y no per-
donaban ocasión de hacer visible la vani-
dad de aquel D. Gasparito, pequeño de
cuerpo, entrado en años, de mirar altivo
y desdeñoso, el cual, hablando, parecía un
dictador, y al moverse de un lado para
otro, por lo majestuoso de su continente,
un rey.

A D. Gaspar se le veía en todos los si-
tios, siempre alternando con gente nota-
ble, ó por lo menos gente conocida, que el
mérito y la nombradía no suelen ser bu-
enos amigos. Pero el vanidoso nunca dió
su brazo á torcer, y ante poetas aplaudidos
como ante celebrados pintores; frente á
frente de políticos afortunados, igual que
cara á cara de hombres de negocios con
suerte, siempre se mantuvo tieso, poco ex-
presivo sin pronunciar alabanzas ni cosa
parecida.

Uno de sus contertulios, pintor de ta-
lento, envió á la Exposición un cuadro y
obtuvo un primer premio. Los amigos del
artista se deshacían en obsequios hablan-
do con el laureado pintor. Todos le dieron
mil parabienes, todos, menos D. Gaspar.

—Pero ¡por Dios! D. Gaspar—dijo uno—
¿usted no da la enhorabuena á nuestro con-
tertulio?

—¡Yo! ¡La enhorabuena, yo! A nadie,
absolutamente á nadie se la doy, porque
nunca ó casi nunca está justificada.

—¿Es que los éxitos no valen nada?

—¿Es que la popularidad no engrandece?

—¿Es que la gloria no causa envidia?

—Despacio, caballeros, despacio. Quiero
razonar mi proceder y luego ustedes verán
si tengo ó no tengo motivos para recibir
con indiferencia las noticias de los triunfos
logrados por las personas á las cuales
trato.

La enhorabuena suele darse porcumplir,
como se dan los buenos días, por pura

fórmula, sin que salga del corazón. Se da
la enhorabuena á un torero, á un cantante,
á un autor aplaudido, á un orador cuando
acaba un discurso, á un artista cuando
premian su obra; pero es preciso convenir
en que las enhorabuenas son siempre la
bambolla de los éxitos. Más que enhora-
buenas, quieren los artistas producto de
sus obras, los oradores puestos eminentes,
les autores representaciones de sus obras,
los cantantes contratas, y los toreros *guita*,
como ellos dicen.

Después de las enhorabuenas suele venir
la realidad con cara de hereje, y el hombre
que tiene la mano deshecha de apretones,
á veces se encuentra en casa, y después de
haber saboreado la gloria, dado á todos los
demonios.

¿Saben ustedes cuándo daré yo la enho-
rabuena á cualquier persona? Cuando me
encuentre con una que tenga asegurada
su felicidad, que se libre del mayor mal de
la tierra; con una á la cual le sonría lo por-

venir con grandes bienandanzas... Y se marchó D. Gaspar muy satisfecho de las razones que había expuesto ..

En su casa era D. Gasparito peor mil veces que en la tertulia. Vivía con su mujer, ó mejor dicho, su mujer se moría poco á poco con él; tal era el carácter del menudo vanidoso.

En la hora del almuerzo, en la comida, al dormirse, y al despertar, para desnudarse y para vestirse, armaba pelotera el marido, y dirigía miles de improperios á su mujer. Esta infeliz nunca oyó de los labios del esposo una frase dulce, nunca había recibido de él la más leve prueba de afecto.

En D. Gaspar tenía su compañera un tirano terrible; para ella eran siempre los denuestos, las imprecaciones, las injurias. Y la desventurada sufría todo aquello con santa resignación, sin quejarse jamás, sin maldecir nunca el enlace que la había esclavizado.

Simona, trae aquello. Simona, no seas cerril. Simona, me empalagas, me apestas. Simona, te odio. Simona, has hecho una barbaridad. Y la infeliz Simona no replicaba, contentándose con llorar á solas

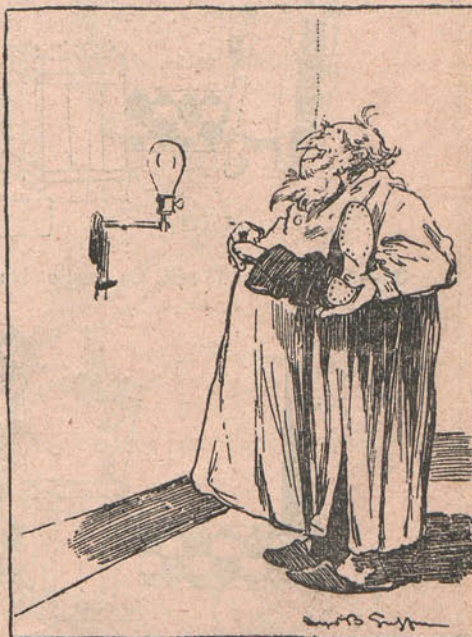
amargamente su desgracia. ¡Dicen que las mujeres tienen en la tierra el encargo de llorar lo suyo y de verter también la parte de lágrimas que corresponde á los hombres!

D. Gaspar se retiró enfermo una noche á su casa. Vino el médico, y al verle, empezó á mover la cabeza, como diciendo: «Esto se pone feo.» Realmente una pulmonía, y á los sesenta años de edad, sobre todo, es cosa horrible de veras, y para don Gasparito lo fué, en efecto. Aquello iba por la posta. A las cuarenta y ocho horas de dolencia el enfermo se moría á chorros, y llegó ese momento en que la agonía se acerca y el paciente se despide del mundo volviendo los ojos con tristeza á lo pasado y con ansias y dudas á lo porvenir!

D. Gaspar, en sus últimos instantes, llamó á su mujer y le pidió perdón por la conducta que con ella había seguido. Después, con acento entrecortado por la fatiga, pronunció estas palabras:

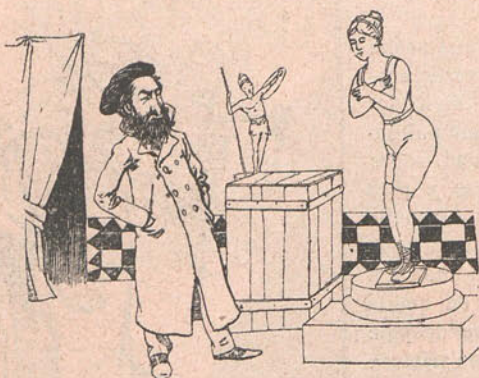
—Simona, hija mía, te quedas viuda.—
Y clavando en ella los ojos, exclamó:
—¡Que sea enhorabuena!

J. Francos Rodríguez.

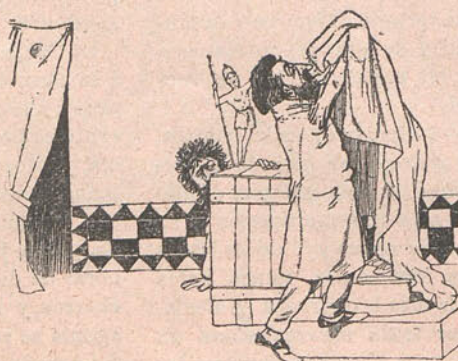


HIGE-LIFE
Cuadro de Benlliure.

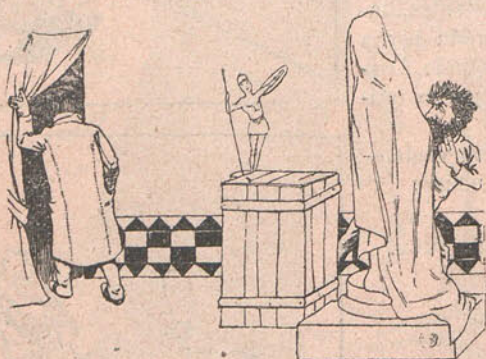
UNA OBRA DE ARTE



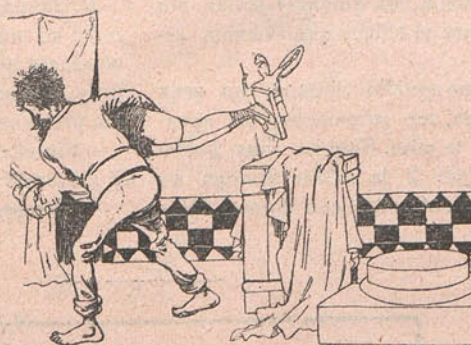
1. — ¡Qué menos, qué menos de dos mil pesetas me ha de dar!



2. Aunque sean mil quinientas. Voy á buscar á D. Isidoro.



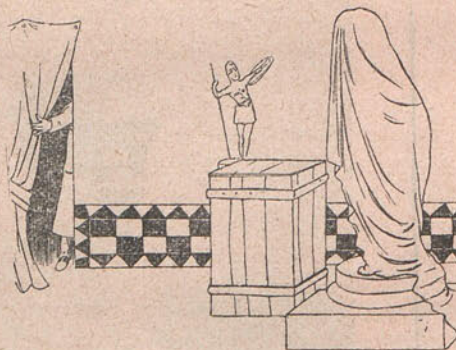
3. — Aunque me dé mil. La cosa es bastan'te mediana.



4. —



5. —



6. — Entre usted, entre, y verá mi obra, mi Venus.



7. — Aquí la tiene usted; bien vale cinco mil pesetas. ¡Se va usted á pasmar!



8. — ¡Venus! ¿Venus? ¡¿.....?!

El Centenario en la gloria.

ALLÁ en el mundo de la gloria, adonde van á parar los héroes, los genios y los artistas, después de sus trabajos en este mísero planeta, ha ocurrido en estos días algo inusitado.

No importa por qué conducto haya podido llegar á mi noticia, que un buen *reporter*, y por tal me tengo, lo que no sabe lo adivina.

Es, pues, el caso, que allá en aquel mundo repercutieron los ecos de éste, los ecos del que debió ser solemne himno, y viene resultando formidable desconcierto en honra de Colón.

Parece, según autorizados informes, que también por allá entran los espíritus superiores en las corrientes del *modernismo*, y por iniciativa, no sabemos de quién, de algún Cánovas de aquel mundo, celebróse há pocos días un numeroso *meeting* para acordar la manera de festejar á Colón, ó felicitarle por lo menos.

Allí estaban los sabios de Grecia, allí los genios de Roma, los guerreros de la Edad Media, los artistas del Renacimiento, muchos héroes y no pocos mártires.

La Academia Española se veía escasamente representada, que no es lo mismo entrar en la Academia que llegar al templo de la Gloria.

Ahora bien, como en aquellos mundos no hay percalinas, ni bengalas, ni alcaldes, ni barrenderos para las comitivas, ni empresas fúnebres que alquilen caballos, ni otros valiosos elementos con que contamos por aquí, en el *meeting* á que me refiero sólo pudo acordarse el nombramiento de una comisión que pasara en nombre de todos á felicitar al gran genovés.

Y con excelente acuerdo fué designada una comisión numerosa de genios españoles, presidida por Cervantes, Calderón y Lope de Vega.

Encontrábase el espíritu de Colón triste y meditabundo, como si en vez de disfrutar de la Gloria estuviera en los Infiernos del Dante, cuando, sin músicas ni orfeones, sin timbales ni piquetes de la guardia civil, se llegó á él la comisión citada.

—Comprendo á lo que venís, hermanos míos—dijo Colón, moviendo melancólicamente la cabeza;—venís á compadecerme.

Miráronse sorprendidos los comisionados, y Cervantes, más despierto que sus colegas, ó más acostumbrado á devorar sufrimientos, se apresuró á decir:

—Sosiegue vuestra merced el pecho, señor don Cristobal, que á compartir sus cuitas venimos, y si ellas son tales que con referirlas se mitiguen, no las calle por más tiempo, que á fe que las escucha quien puede comprendellas.

Pasmáronse todos al oír las razones de Cervantes; pero nadie fué osado á contradecirle.

Y así, después de largo silencio, dejó escapar el bueno de Colón un profundo suspiro, y comenzó á discurrir de esta ó parecida manera:

—Desdichado de mí que ni en vida ni en muerte me dejan tranquilo. Ya lo véis, hermanos, cuando aquí, en el mundo de la gloria, podía recrearme con la misión que dejé cumplida, en los beneficios por mí prestados á la humanidad, esa humanidad ingrata viene á echar sobre mi gloria todo el peso de sus miserias. ¡Ay! Mis enemigos me persiguieron en vida, y mis admiradores en muerte... Y estos son más temibles, porque son más implacables.

—Temor y piedad en mí
Sus razones han causado...

Esto dijo Calderón al oído de Lope.

Colón prosiguió:

—¡Qué espectáculo el que me ofrecen allá en España: dicen que para mi honra y resulta para mi mengua. En Madrid, en la capital de esa monarquía que yo ensanché al ensanchar los límites del mundo, por todo monumento conmemorativo hay una columnilla que, al decir de las gentes, resulta un candelero.

—No os quejéis,—interrumpió en este punto Calderón—porque tratándose de esas penas

Para hacerlas yo alegrías
las hubiera recogido.

Ved esa figura que en mi honor levantaron delante del Corral de la Pacheca, y observaréis que por sus raquíticas proporciones no se diferencia mucho de esas contrucciones de azúcar con que por la época de Navidad adornan algunos confiteros sus escaparates.

—Todo lo confieso, juzgo y siento—añadió Cervantes—como vosotros lo creéis, juzgáis y sentís; mal está lo del candelero y no muy bien lo de la figura de escaparate; pero aún tales monumentos resultan suntuosos si se comparan con el bronceado y raquítico caballero de la *Triste Figura*, medio oculto entre los árboles en la plaza de las Cortes.

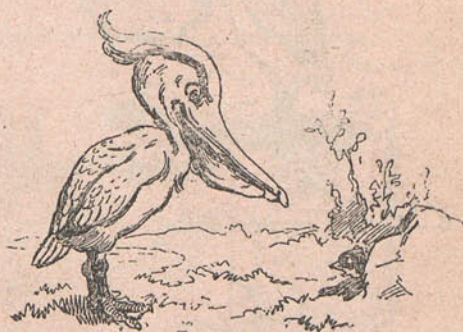
—Así es la verdad—dijo Lope de Vega,—y por dichoso me tengo de no poder quejarme como vosotros... Yo no tenía estatua ni mausoleo... Dieron en llamarme el *Fénix de los ingenios*, y contentáronse con poner mi nombre á la antigua calle de Cantarranas, cuando nunca en ella viví, sino en la de Francos. Por fin, me exponen hoy á la vergüenza en una figurilla de yeso, que pronto, por fortuna, disolverán las aguas.

Otros muchos hubieran podido quejarse, pero Colón volvió á tomar la palabra para exponer sus cuitas.

—¡Qué espectáculo!—Ved aquí un cura que se niega á decir misa, acullá disgustos

y hasta motines. En Barcelona dimite el Alcalde; al de Madrid lo dimiten; el Gobernador de Madrid se va, al de Granada lo echan... Los hospicianos se enfadan ¡qué conflicto! Los orfeones también. Y por no ser menos, hasta los tenderos de ultramarinos que *tan poderosamente influyeron en el descubrimiento de América*, se muestran enojados. Los estudiantes alborotan y se pelean; el pueblo quema los tablados y apaga las luces; se inaugura una estatua que me representa, entre los resplandores de un incendio. Júbilo, respeto, unión, concordia... ¿Debían ser esto las fiestas? Pues han sido lo contrario. Y aún hay más... Los sabios me escarnecen pretendiendo glorificarme. Uno se ocupa en averiguar si me casé ó no me casé con una dama de Córdoba, si mis hijos eran legítimos ó naturales, poniendo en tela de juicio mi moralidad. Otro averigua las deudas que pude contraer, y afirma que salí

UN MAL BOCADO



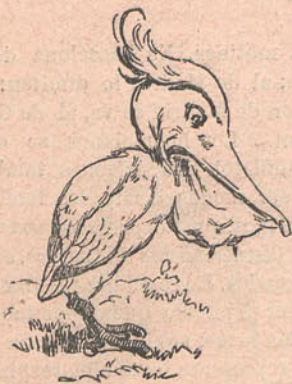
1.—Un topo ¿eh? ¡Pues como salga!...



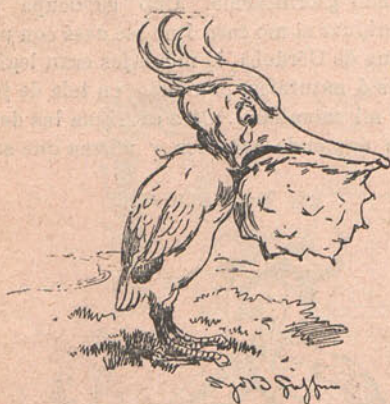
2.—¡Hola, amigo; has caído!



3.—¡Y qué duro está!



4. — ¿A que no lo puedo tragar?



5. — Y duele; ¡vaya si duele!



6. — ¡Duele que rabia!...



7. — ¡Anda y que te trague tu madre!

de Portugal huyendo de los acreedores, y que por eso llegué tan derrotado y maltrecho al convento de la Rábida... En Italia me llamaba Cristóforo Colombo; al *españolizar* mi nombre y apellido se me llamó Cristóbal Colón. De hecho tan sencillo se hace un cargo contra mí. Quién lo achaca al deseo de burlar á mis acreedores como un tramposo, quién á la necesidad de que no me reconociera el rey D. Fernando, porque en mi juventud hice armas contra él. En fin, hermanos míos, creed que mis admiradores y entusiastas me ponen como un trapo viejo. Más valiera que de mí no se acordaran. Para concluir, os digo que si alguna gloria me corresponde, las fiestas del Centenario representan la *caricatura* de mi gloria.

Calló Colón, disolvióse el grupo de comisionados, y Cervantes se alejó murmurando:

— Quiera Dios que nunca en la Tierra celebren mi Centenario, y si lo celebran, así como hice decir á Sancho cuando buscaba alojamiento, sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmás, ni morcos encantados, digo que no haya para mis fiestas, toros, viajes, percalinas, *patibulos* ni escudos partidos ni enteros, que si los hay daré al diablo el hato y el garabato.

Así diciendo, se alejó Cervantes, y quedó Colón meditabundo y triste, contemplando la *caricatura* de su gloria.

Vicente Moreno de la Tejera.

GACETILLAS TEATRALES

Perrín y Palacios siguen en sus trece de ser autores dramáticos... Bien mirado, Perrín y Palacios no son ni mejores ni peores que muchos otros fabricantes de producciones escénicas, al por menor; pero esos Siamenes del arte en mal uso, no han logrado buena fama y cargan ellos solos— ¡tremenda injusticia!— con todas las culpas de los literatos— algo hay que llamarles— que surten á los teatros por horas de disparates al minuto como las tarjetas de visita.

Con todo lo cual quiero decir que *La Cencerrada* que han dado en Eslava los susodichos Palacio y Perrín, con música del maestro Jiménez, sin valer gran cosa, no es peor que otras de su especie. Por tener todo lo que exige la moda, la zarzuelilla nueva tiene sus correspondientes chistes verdes. Porque pensar que las piececillas que se dan al público en Eslava, Apolo y otros teatros por el estilo, no han de ir acompañadas de sus correspondientes desvergüenzas, es pensar en lo imposible. La mostaza abunda en todas las composiciones teatrales comico-líricas á la moda. Hasta la musa anodina de Estremera se mezcla con ajenjo; de lo cual puede certificar *La Czarina*.

Las despedidas de las fiestas del Cente-

nario han tenido su parte teatral. En el coliseo clásico hubo función cara: á 25 pesetas la butaca y á 125 los palcos. Pusieron la *Casa con dos puertas*... y con mediana compañía. Pero, sin embargo, Vico estuvo como Vico. Hay que desengañarse. Es uno de los pocos artistas que tenemos el gran Antonio, el insigne Antonio. ¡Lástima que su inspiración guarde días de moda!

Aprovechando lo del Centenario, también en la Zarzuela dieron función solemne con un estreno simbólico de obra simbólica. *La Fraternidad* se titula la obra en cuestión... Por cierto, que si llevamos el iberrismo á las tablas, es cosa de renunciar *per secula seculorum* á la federación peninsular. La fraternidad que ha compuesto Jaques, con lo cual dicho se está que hay fraternidad para poco tiempo, ha sido subvencionada y todo. Siguiendo este camino, acabarán por nombrarse comisiones para escribir loas, y habrá ponencias de dramas alegóricos. Pase que nos coloquen esos apópsitos ó despropósitos, ó lo que sean, pero que encima subvencionen las latas, es demasiado. Hay que declarar el apópsito libre en el teatro, y que cada *apropositador* se las busque como pueda. ¿Con qué cara pedimos economías al país y luego damos dinero para que representen una obra simbólica, no digo de Jaques, ni del propio niño de la bola?

¡Ah! se me olvidaba un detalle de estas funciones colombinas. En la del Español hubo su correspondiente *Canto á Colón*. Un canto más de la pedrea que ha sufrido el descubridor de América. Por cierto que el Canto es del Sr. Guijarro; apellido obliga!

En Lara se estrenó un juguete de Fiacro Irayzoz. El juguete se titula *El Cascabel al gato*, y está ajustado al diapason normal de Lara. Un enredo, varios equivoquitos, unos cuantos chistecitos, y ya hay jugueteito... Con todo lo cual y con que Rosell tropiece con los muebles y sufra además otros tropezones al declamar, por no saberse su papel, el público se retira tan satisfecho. La verdad es que el público es muy bueno, y eso que ahora las empresas empezarán á renegar del público, porque concluidos los festejos, alejados los forasteros y vueltos los madrileños á la normalidad y á la falta de dinero, van á parecer las salas de espectáculos escenarios donde se represente el quinto acto del *Tenorio*. Varios empresarios declamarán mal, como los cómicos, á los cuales contratan, cosas por el estilo:

Y yo que he empleado en esto entera la hacienda mía.

.....
¡Mira á un empresario triste llorando su desventura!

La hora del tifus ha llegado. El vacío más desconsolador os brinda para divertiros. Que cierren las taquillas y que abran la mano para las entradas de favor. ¡La inopia de los teatros se ha empezado!

Juan Palomo.

COSAS QUE SE PUBLICAN

Los héroes, por Tomás Carlyle, traducción de D. Julián G. Orbón, con prólogo de D. Emilio Castelar é introducción de D. Leopoldo Alas.

Nos concretaremos al anuncio de este hermoso libro, que sin duda viene á prestar un verdadero servicio á la literatura española. Corre más prisa de lo que parece, que nos den traducidas y bien traducidas como ésta, de la cual hablamos, las obras de autores alemanes é ingleses, autores insignes de géneros que nada sabemos las gentes vulgares de España, y saben poco y mal muchos de los que se las echan de leídos.

No es cosa de que hablemos por nuestra cuenta de Carlyle. En este mismo número insertamos párrafos del prólogo de Castelar; y después de eso y de lo que dice *Clarín* que osado se mete en críticas de once varas. Pero sí es deber nuestro llamar la atención de los aficionados á la literatura para que no desperdicien la ocasión de conocer al gran humorista inglés, y de conocerle por buen medio, porque el Sr. Orbón ha traducido muy bien y directamente al genial escritor.

La Biblioteca selecta anglo-alemana se anuncia bajo los mejores auspicios, como dicen los gacetilleros, y este tomo, primero de la Biblioteca referida, debe comprarse, y seguramente se comprará, por todos los amantes de las buenas letras.

Carlyle, Castelar, *Clarín*, una trinidad de primer orden, salvo la del dogma.

* *

En tropel. *Cantos españoles*, por Salvador Rueda. No está averiguado que Salvador tenga tiempo ni para comer ni para dormir. Apenas si le quedará para escribir las obras que publica. Rueda es un chorro continuo de literatura y de buena literatura; porque, eso sí; el poeta malagueño es tan inspirado como fecundo.

Y el que dijere lo contrario, que lea el libro *En tropel*. ¡Ya lo creo que es bueno todo aquello! Canta á Asturias Rueda con el amor de uno que se hubiera pasado la vida toda más allá de Pajares; y al ocuparse del Mediodía, no digamos. La luz radiante, el calor que deslumbra de la tierra meridional, se hallan de tal modo alojados en la fantasía del joven poeta, que aun sin quererlo él mismo, al escribir cuatro renglones, fotografía todos los encantos y grandezas de la sin par tierra andaluza. ¡Pues y de Valencia! ¡Qué cosas dice Salvador de Valencia! Y qué gusto da seguirle en su poético paseo por la hermosa ciudad que lame el Turia, y á la cual presta sombra el gallardo *Miguelito*.

Nada, nada. Quien quiera saborear *Cantos españoles* netos, impregnados de un sentimentalismo artístico de buena ley, y además prosa llena de animación y de encantos, que compre ese libro. Ya lo saben ustedes, se llama *En tropel*, y valiendo mucho, vale poco; querremos decir que sólo cuesta dos pesetas. ¡Cuántos ejemplares van á venderse! Por supuesto, que nos alegramos, porque Rueda, además de buen literato es buen chico... lo cual no siempre suele suceder.

* *

Un discurso inaugural del Sr. Cánovas del Castillo.—Apuntes críticos, por Luis Vidart. Este distinguido escritor comenta en un folleto de 30 páginas un discurso del Sr. Presidente del Consejo. La materia es árida, pero los comentarios son oportunos, y el folleto está bien escrito.

ADVERTENCIA

Para dar más amplitud á nuestras oficinas de Administración y poder servir con mejor regularidad los pedidos de nuestros corresponsales, hemos trasladado nuestro domicilio á la

Calle de Lope de Vega, 34,

donde tienen ustedes su nueva casa y la nuestra.

SECCIÓN AMENA Y PRODUCTIVA

¿Era facilito, eh? Debía serlo á juzgar por el número de soluciones que hemos recibido. ¡Válganos Dios, y qué prisa se dieron algunos caballeros! Media hora después de la salida del periódico ya teníamos algunas en nuestro poder. ¡Ojalá sean ustedes tan listos en lo sucesivo.—Esta es la solución exacta.

«LA CARICATURA paga doscientos reales al lector de esto.»

Las soluciones exactas que hemos recibido, y á cuyos autores corresponden los premios ofrecidos, son por este orden:

Primer premio.—50 pesetas.

D. Senén Fernández Reinares, Princesa, 14. pral., Madrid (que puede pasar por esta Administración á recoger las consabidas pesetillas mediante recibo).

5 segundos premios

DE UN AÑO DE SUSCRICIÓN Á LA CARICATURA

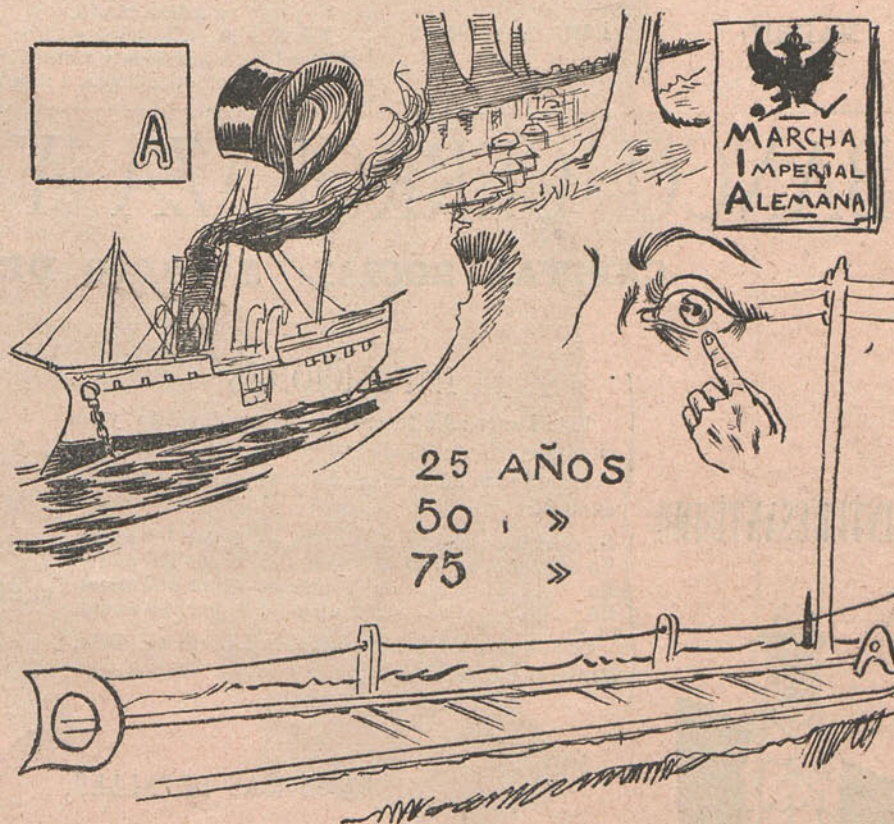
1.—D. Santiago Arnaiz, San Bernardo, 69, Madrid.—2. D. Luis Bello, Paz, 6, principal id.—3 D. Casimiro Pedro Zorrilla, Infantas, 26, 3.º, id.—4. D. F. Pérez y Capo, Peninsular, 11, 3.º, id.—5. Don Santos Olomano (sin señas).

Además han enviado la solución don Sergio Luna, O'Donnell, 7, 2.º, Sevilla; D. Juan Moreno Juárez, Industria, 3, principal, id; D. Manuel Herrera, O'Donnell, 44, id; D. M. G. A. Barquillo, 32, Madrid, y D. José María Ginés y González, Santa Elena (Jaén).

Jeroglífico con premios.

PRIMER PREMIO, 50 PESETAS.

Cinco segundos premios de un año de suscripción á LA CARICATURA.



Las soluciones han de estar en nuestro poder los martes.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Todos los grabados de este número, han sido hechos en los talleres de fotograbado de L. R. y C.ª, San Bernardo, 69, Madrid.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Horas de oficina en la Administración, de 8 á 12 de la mañana y de 3 á 6 de la tarde.

Los anuncios para LA CARICATURA sólo se reciben en la empresa anunciadora Los Tiroleses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.



¿Dónde se hacen los som-
breros?
Pues en casa de Carrasco,
que los hace muy bonitos,
muy buenos y muy baratos
26, Carretas, 26



Dime: ¿cómo te compones
si una mujer te engaña?
Pues en esas ocasiones
hace falta unos bombones
de la fábrica La España.
Santa Engracia, 14.

E. DE PALACIO

ADAN Y COMPAÑÍA

ANGEL PONS

Historietas.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

Notas alegres.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

MANUEL FERNÁNDEZ LASANTA, EDITOR.—RAMALES, 6.—MADRID

IMPRENTA

DE

ENRIQUE ROJAS Y C.^a

PLAZA DE LOS MOSTENSES, 12

ESQUINA Á LA CALLE DE LAS BEATAS

MADRID

IMPRESIONES

DE

GRAN LUJO

Esmero en los trabajos

QUE SE ENCOMIENDAN

Á ESTE ESTABLECIMIENTO

LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

16 PÁGINAS. 15 CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN, LOPE DE VEGA, 34, PRINCIPAL, MADRID
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA.—Número suelto, 15 céntimos.—Id. atrasado, 30 céntimos. Corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RAMÓN MILLET.

BANCO CERROLAZA Y COMPAÑÍA

CAPITAL SOCIAL: 5.000.000 DE PESETAS

IMPOSICIONES

Este Banco admite cantidades en depósito y en cuenta corriente desde 500 pesetas en adelante, y abona por las mismas los intereses que van á continuación:

En cuenta corriente, á la vista, el 3 por 100 anual.
En depósito, á plazo de $\frac{1}{2}$ año, el 6 por 100 anual.
En id. id. de 1 año, el 8 por 100 anual.
En id. id. de 2 años, el 10 por 100 anual.

Se admiten también cantidades á renta vitalicia, á interés convencional.

OPERACIONES

sobre títulos cotizables, cupones, resguardos de la Caja general de Depósitos, del Monte de Piedad y otras garantías.

INTERESANTÍSIMO



—Soy muy desgraciado.
Confíe mi dinero á unas sociedades de crédito y me han dejado así.

PARA MAS DETALLES,

PÍDANSE PROSPECTOS AL DIRECTOR DE ESTE BANCO

PRECIADOS, 1, SEGUNDO, MADRID

Teléfono 812.

Imp. de Enrique Rojas y C.^a, plaza de los Mostenses, 12.

Biblioteca Nacional de España



¿Que por qué me va tan bien? Porque tengo mis cuartitos en casa de Cerrolaza, y allí están seguros.